



LECCIONES DE ÉTICA DE UN *maestro de La Pedrera*

JAIME
RESTREPO
CUARTAS

El título de este escrito semeja en parte el que usara el filósofo y escritor español Fernando Savater (1947) para contribuir con la enseñanza de la ética de su hijo Amador, y de paso que sirviera como una forma de emplear un modelo relativamente sencillo para inducir en los jóvenes el aprendizaje del comportamiento humano (Savater, 2009). La connotación de estar dirigido a los maestros entraña el deseo de que sea dedicado a este sector, por tener una relación especial con las futuras generaciones, al considerar que es la profesión más bella del mundo, como lo afirmara Henry Brooks Adams (1838-1918), cuando citaba en uno de sus textos: “Un maestro afecta a la eternidad, nunca se sabe dónde termina su influencia”. Del mismo modo, al especificarlo para una región aislada del territorio nacional, La Pedrera, un corregimiento del Amazonas en Colombia, denota el significado de universalidad que debe tener la enseñanza de la ética.¹

Usualmente se les dan a la ética y a la moral connotaciones similares, se confunden y malinterpretan, o se piensa en ellas como si fueran lo mismo, pero el verdadero significado de ambas es diferente y complementario. La ética viene del latín *ethicus*, o del griego antiguo ἠθικός, que significa carácter, y la moral, por su parte, deriva del latín *moris*, que simboliza una costumbre.



Al definir la ética debemos fundamentarnos en los principios racionales que buscan determinar qué es lo bueno, lo conveniente, o la forma de actuar que nos permita el buen vivir y, en últimas, alcanzar el deseo más significativo de la humanidad: la felicidad. Al referirnos a la moral hay que hablar de las costumbres regidas por normas que una sociedad determinada establece, para que los miembros puedan convivir armónicamente, y se regulen de ese modo las conductas; por eso, estas normas varían con las diferentes épocas y con las costumbres, y por tanto tienen que ver con la historia de una sociedad específica. Por eso, lo que es aceptable en algunas comunidades es reprochable en otras (Diccionario de Filosofía, 1966). Recordemos ejemplos como el de las guerras durante las cruzadas o el de las torturas en la Inquisición, o miremos el comportamiento diferencial de los pueblos musulmanes y los judíos.

Las confusiones o interpretaciones se presentan porque la palabra griega *éthos* significa una predisposición natural para hacer el bien —lo que acostumbramos a llamar ética—, mientras *éthos*, muy similar en su forma de escritura, significa costumbre.

Para los romanos ambas palabras se tradujeron de manera similar como *moralis*, que quiere decir ‘moral’. De ahí el problema.

Si nos remontamos a Aristóteles (384-322 a.C.) en su *Ética Nicomaquea*, allí el concepto de ética hace referencia a la finalidad suprema, que justifica todo, y se relaciona con la felicidad individual o colectiva (Aristóteles, 1977). Immanuel Kant (1724-1804) contribuye a la confusión, al considerar la ética una ley moral que se ejerce de manera voluntaria y debe ser universal; pero miremos que, si es ley, ya ejerce cierta coacción que limita la voluntariedad, y las costumbres de las sociedades en las diferentes épocas no permiten que sea verdaderamente universal. Sin embargo, Kant aclara muchos otros aspectos, al establecer que es precisamente en razón a nuestra libertad, y por la capacidad de ser autónomos, que podemos elegir entre varias posibilidades; pero para ello debemos ser conscientes de nuestros actos y, al serlo, hacer uso de la voluntad al tomar las decisiones.

Miremos entonces cómo se van incorporando los conceptos de ser racionales, de ser libres, de ser autónomos, de ser conscientes y de hacer uso de la voluntad

para decidir. Es mediante la razón como se determina la forma de obrar, y lo hacemos por nuestra capacidad de ser libres y autónomos, pero para actuar tenemos que poseer un conocimiento y ser conscientes de lo que hacemos, y al tomar una decisión determinada lo logramos con un acto de nuestra voluntad. Se configura de ese modo una acción práctica, un hecho concreto.

Vamos entonces a hablar de los elementos esenciales que hacen bueno o malo el comportamiento de los seres humanos y que se fundamentan en funciones mentales como la razón, la libertad, la autonomía, la conciencia y la voluntad.

La razón. Es una de las funciones de la mente humana que permite, por medio del pensamiento y haciendo uso de otras funciones más elaboradas como la reflexión, el análisis crítico y la abstracción, el desarrollo de conclusiones e incluso el abordaje de la investigación como una manera de adquirir nuevos conocimientos. La razón puede ser de naturaleza intuitiva, deductiva o inductiva, según sea a partir de la descripción de un hecho que formula una hipótesis probable, el análisis de él a partir de principios universales no necesariamente demostrados, o la formulación de una idea nueva que permita desarrollar una ley, haciendo uso de las investigaciones, las estadísticas o las probabilidades, lo que se emplea comúnmente cuando hacemos uso del método científico. Todos estos elementos buscan hacer consciente un fenómeno y a la vez explicarlo o interpretarlo.

La razón implica entonces un conocimiento conceptual que no se basa solamente en la experiencia simple; se fundamenta en el uso del lenguaje e incluso en el desarrollo lingüístico, para establecer la argumentación y poder aplicarla en el diálogo entre los hombres. Es pues parte de un desarrollo intelectual que construye un conocimiento nuevo. Para Sócrates (470-399 a.C.) era el logos, que tenía el significado de ser una realidad autónoma; así como “una especie de llave que le permitía abrir las puertas de un mundo superior y le facilitaba encontrar

la verdad”. Para Kant era la capacidad que tenía el hombre de formular principios y preveía dos formas de presentación: el conocimiento de la realidad como abstracción y la capacidad de la acción práctica, demostrada en la conducta (Kant, 1875).

Se sugiere que la razón posee varios principios: 1) El de identidad, que lo determina la evidencia. 2) El de la no contradicción, que establece que un concepto no puede ser y no ser al mismo tiempo. 3) El del tercero excluido, que implica que entre el ser y el no ser no existe un intermedio. 4) Leibniz (1646-1716) incluye el principio de razón suficiente, que sería entonces el conjunto de razones o de causas que explican adecuadamente un fenómeno. Leibniz decía en su *Teodicea* (1596): “Debe existir una razón suficiente (a menudo solo por Dios conocida) para que cualquier cosa exista, para que cualquier evento se produzca, para que cualquier verdad pueda obtenerse”.

Sin embargo, la razón puede ser utilizada para inducir un error, por ejemplo, con un argumento en el cual se establecen unas premisas que son evidentes, pero que dan como resultado, por ser lo que son, una cosa diferente. Es el uso del silogismo que no puede aplicarse sino con reglas precisas que no induzcan al error. Esto se considera desde Aristóteles como un razonamiento lógico, deductivo (Correia, 2006). Del mismo modo, Kurt Gödel (1906-1978) ha demostrado que ningún sistema consistente puede ser utilizado para demostrarse a sí mismo (Gödel, 1931), por lo cual resulta más útil combinar las distintas formas de razonamiento.

La libertad. Esta palabra deriva del latín *libertas libertatis*, y es la capacidad que adquiere la conciencia humana para pensar y obrar según la propia voluntad de las personas; pero todos sabemos que nuestra libertad para actuar de una forma u otra está condicionada por el respeto por los demás, lo cual tiene una connotación social de universalidad, pues no debemos tomar decisiones que afecten a otro o a la sociedad en general, y también se condiciona a

las consecuencias de nuestras decisiones, lo que implica que se debe observar responsabilidad sobre los resultados que se deriven de esas decisiones y que están representadas en el poder del Estado, por medio de las normas y las leyes que se establecen.

La libertad absoluta es entonces subjetiva y hace al hombre, individualmente considerado, indiferente a la realidad; luego sus actos serían impracticables en una sociedad establecida de manera formal, ya que existen normas y leyes que limitan el ejercicio de la libertad por el beneficio que se le debe dar al bien común. Se trata de definir la relación entre la libertad personal y las necesidades de los demás o de la sociedad de la cual se hace parte. Por eso Hegel (1770-1831) establece el concepto de que el hombre libre debe conocer la realidad para ser consciente de la necesidad, y por tanto debe respetar la normatividad existente, lo cual constituye para él una más de sus categorías filosóficas (Hegel, 2007).

La libertad no se puede separar entonces de las necesidades de la sociedad (es decir, de la realidad), y por tanto de su universalidad, pues no puede ser ajena a lo que ocurre en el medio externo y no se puede desligar tampoco de un concepto ético, que obviamente la limita, por los principios que conlleva o por la normatividad que de él se deriva.

La autonomía. La palabra autonomía viene del griego *auto*, que significa *uno mismo*, y del término *nomos*, o norma. Como concepto filosófico, es la capacidad de una persona de regirse a sí misma y decidir o actuar sin influencia externa. Pero como la autonomía se limita en la relación con los demás, su vínculo con la libertad conlleva necesariamente una dependencia de la responsabilidad.

Jean Piaget (1896-1980), epistemólogo y psicólogo suizo, considera que en el proceso de formación del niño, su dependencia lo hace primero heterónimo (generalmente de sus padres), pero luego comienza a tomar sus propias decisiones, que están sustentadas en acuerdos que va realizando

con los adultos (Piaget, 1932). Lawrence Kohlberg (1927-1987) menciona seis estadios en el desarrollo de la moralidad: 1) No hago una cosa por miedo al castigo, 2) Lo hago por un premio, 3) Lo hago por darle satisfacción a otro, 4) Lo hago por mantener el orden social, 5) Lo hago al obedecer a un consenso, 6) Lo hago por respeto a valores universales. Lo interesante es que apenas el 5% de las personas llega al nivel 6 (Kohlberg, 2007).

Para ser consciente de algo se requiere tener un conocimiento reflexivo de las cosas, y esa particularidad es individual, y solo accede a ellas el propio sujeto, individualmente considerado. Una vez se es consciente se puede actuar y tomar decisiones, incluso responsabilizarse de ellas, lo que incorpora en el individuo un concepto ético.

Según el carácter ontológico (el estudio del ser), la autonomía se refiere a la capacidad de ser independiente. En un individuo consciente, significa autoconciencia de sus obligaciones y deberes, y por tanto responsabilidad en las decisiones. Cuando una ley moral se torna autónoma es porque posee en sí misma un fundamento y unas razones que le otorgan legitimidad.

La conciencia. Este término viene del latín *consciencia*, que significa el conocimiento que uno tiene de sí mismo y del entorno. Se ha establecido que es el hombre el que adquiere esa función en una etapa de su evolución y que por tanto la conciencia es la propiedad del espíritu humano (la mente) que le permite reconocerse en sus atributos esenciales. Es posible que su surgimiento se produzca en un momento en el que se reconocen los elementos externos, aparece el lenguaje y se desarrolla el pensamiento.

Se trata pues no solo de conocerse a sí mismo, sino también de establecerse en relación con el medio y las circunstancias que lo rodean. Roger Penrose (1931) considera incluso que, aunque la actividad física del cerebro es lo que lleva a ser consciente, debe existir algún factor de naturaleza no computable (o no medible) en las leyes físicas que describen la actividad mental (Penrose, 1996); y Teilhard de Chardin (1881-1955) conceptúa que de la concienciación individual se puede pasar a la colectiva, en una sociedad más avanzada (Teilhard de Chardin, 1966), lo que es una forma de universalización.

En ese proceso, es muy probable que otros animales de distintas especies posean algún nivel de conciencia, y por eso las investigaciones alcanzan a determinar que los orangutanes pueden tener inventiva, los ratones y los chimpancés pensamiento abstracto, los elefantes y las urracas pueden reconocerse en un espejo, o aquellos llorar a sus muertos, y hemos aceptado niveles variables de inteligencia en los animales domésticos y los delfines (Declaración de Cambridge, 7 de julio de 2012).

Lo cierto es que para ser consciente de algo se requiere tener un conocimiento reflexivo de las cosas, y esa particularidad es individual, y solo accede a ellas el propio sujeto, individualmente considerado. Una vez se es consciente se puede actuar y tomar decisiones, incluso responsabilizarse de ellas, lo que incorpora en el individuo un concepto ético. Actúo conforme me lo indique mi conciencia.

La voluntad. Viene del latín *voluntad voluntatis*, que significa querer. Es la facultad de decidir y ordenar la propia conducta. Esto requiere tener conocimiento, ser consciente de él y actuar con una determinada intención, o sea que se debe poseer una motivación para hacerlo. La voluntad es lo que nos mueve a hacer determinadas cosas. Es una fuerza interior que requiere de un importante proceso mental al incorporar el saber, la conciencia, la motivación y la responsabilidad.

Aristóteles considera que los actos involuntarios son una consecuencia de la ignorancia, o de ser la persona sujeto de presiones de diferente tipo, bien sean normativas o impuestas por la fuerza, a pesar de la motivación existente en quien actúa. Para Kant, si los designios de la voluntad son producidos por un deber moral, los actos serán buenos.

La voluntad es indudablemente una fuerza interior que surge en un momento determinado, está ligada al Yo y es lo que mantiene la firmeza del espíritu, en el marco de las convicciones personales. Con el tiempo se puede convertir en una fuerza directiva y a la vez reguladora. El Yo no es el efecto solamente de ser conscientes, sino de lograr la autoconciencia. Además, existen rangos en la personalidad que hacen que la voluntad sea firme, ética o sensata, y eso depende de la formación, las sensaciones, los sentimientos, la capacidad emocional, los impulsos y deseos, la motivación, la imaginación, la reflexión o la intuición misma (Fundación La Piedra Angular, 2009).

La ética aplicada

Pero de lo que se trata es del comportamiento en el ejercicio de nuestras funciones en la sociedad. En este caso, el de los maestros de escuela, frente a la situación que les compete, bien sea en un centro de formación con todas las condiciones favorables para desempeñar su labor o en un corregimiento como La Pedrera, en el nororiente del departamento del Amazonas, en una población aislada de las grandes urbes y con los límites y circunstancias propios de estas regiones.

Un maestro de escuela, Abigaíl, por ejemplo, en su grupo de 55 niños, algunos mestizos y otros indígenas, tiene una gran responsabilidad, no solo en la transmisión de sus conocimientos sino en los métodos que emplea y en los instrumentos que puede utilizar. No puede enseñar solamente en tercero elemental, como sería lo indicado, sino que también tiene que enseñar en cuarto y en quinto; los grupos son numerosos y como la mayoría de los niños son

inquietos y bullosos, sobre ellos tiene que saber aplicar la disciplina.

Sabe que la gran mayoría de los niños tiene menos capacidades que las que él tuvo haciendo su licenciatura en una universidad pública de una ciudad capital. Su padre se había sacrificado para que él pudiera estudiar, y mal que bien, él tuvo un techo, las tres comidas del día, cómo vestirse, movilizarse y terminar la carrera. Los niños que veía todos los días tenían que recorrer varios kilómetros a pie y atravesar un río, venían vestidos siempre con la misma ropa y usualmente no habían desayunado. No era difícil predecir, aunque no era médico, que todos eran desnutridos y que les daba más trabajo que lo que le dio a él aprender las matemáticas, que era lo que él enseñaba, aunque también tenía que ayudar con la historia y la filosofía.

Pero a pesar de todo, algunos de esos niños tenían chispa, aprendían más fácil y alcanzaban incluso a burlarse de los demás, “por brutos”, porque habían repetido varias veces el curso. Allí Abigaíl aprendió lo que él consignó en un diario como sus lecciones de vida. Al diario lo tituló *Lecciones de vida* y el subtítulo que le agregó era el siguiente: “para hacer mis memorias y dejarle un recuerdo a mi hijo, para que sepa algún día quién era su padre”. Abigaíl estuvo casado durante los dos últimos años de su carrera y tuvo un hijo, pero su esposa lo abandonó y él simplemente sabe que su hijo vive en algún lugar de la ciudad en donde estudió, y sueña que algún día escoja la profesión que él tiene y pueda heredar el diario.

Primera lección

No es posible dedicar el mismo tiempo a todos los niños. Dictar una clase a los 55 alumnos, escribir algunas cosas en el table-ro, poner una tarea, después pedirles cuentas y simplemente salir de la escuela todos los días, quizás un poco aburrido y con ganas de no hacer nada más, sería algo así como ser un maestro mediocre. Cada niño es un ser individual, todos tienen capacidades diferentes, en algunos pesa el hambre

y en otros el sufrimiento; la distracción de algunos puede ser señal de falta de concentración y de que piensan en cosas distintas; tal vez puedan llegar a ser filósofos y no matemáticos, o de pronto no quieran ser profesionales sino pescadores o mineros, como sus padres.

Yo no quiero ser un maestro mediocre; estudio mi clase todos los días, pienso si lo que enseño es útil o inútil, trato de estar actualizado. Aprendí a enseñar pocas cosas pero divido el grupo en partes iguales y los clasifico de acuerdo con sus capacidades, sin decírselos, claro está, y mientras a los más capaces les pongo ejercicios y tareas de alguna complejidad, a los menos capaces les dedico casi todo el tiempo. Primera lección: *Creo que un buen maestro es el que se preocupa por sacar adelante sus alumnos más malos.* Los buenos al fin de cuentas son buenos o más inteligentes, o tienen una mamá que los alimenta bien, así ella aguante hambre. Los buenos necesitan poco apoyo y son más hábiles para inventarse qué hacer; con seguridad se defenderán fácil en la vida y lograrán mejores empleos.

Segunda lección

En una oportunidad llegué a la escuela dos horas tarde a dictar mi clase. Esta empezaba a las ocho y yo llegué a las diez. Los compañeros, maestros en la misma escuela, me celebraron el cumpleaños hasta tarde en la noche anterior y yo no me levanté a tiempo por la resaca. Igual les pasó a los otros, pero ellos no estaban cumpliendo años, luego el culpable era yo. Cuando llegué, el rector, antes de permitirme entrar, me llevó a su oficina y me llamó irresponsable. Él ya sabía en dónde había estado esa noche y hasta qué horas, pues en ese pueblo sólo hay un bar y se encuentra justo al frente de su casa. Después me advirtió que yo sabría cómo responder por los niños, pues al no encontrarme, habían salido del salón y estaban jugando por los alrededores. Nadie me podía reemplazar, porque, por mi culpa, los demás también habían estado bebiendo y se había instaurado el desorden.

Tardé casi una hora en recogerlos a todos, uno por uno. Una vez reunidos en el salón, uno de ellos se levantó y me dijo con mirada inocente: “yo también quiero ser un borracho, para no tener que venir a estudiar”. Después de pedirle que me explicara por qué quería ser un borracho, me repitió lo que le había oído decir, seguramente al rector y luego a la señora del aseo o quizás al vigilante que hacía su recorrido por los salones. Explicó el chico, en su lenguaje, que yo me había emborrachado la noche anterior y por eso no había venido temprano. “Me equivoqué —le dije a él, pero hablando duro para que todos en el salón me escucharan—, cometí un error, yo no debía celebrar mi cumpleaños bebiendo licor y menos en semana cuando al siguiente día tenía que trabajar”. Esa conducta me hizo ser irresponsable, porque yo tenía la obligación de llegar a las ocho de la mañana y llegué a las diez. Por eso, yo voy a ser castigado y no sé todavía qué castigo me van a imponer.

Segunda lección: *Los maestros enseñamos más con el ejemplo.*

Tercera lección

Como siempre me ha intrigado la historia (eso hace que sea el comodín para dictar las clases en esta materia, cuando doña Rita se incapacita por su enfermedad), y alguna vez, para enseñarles las diferencias entre los animales y el hombre, les hablé de la conciencia. Vaya lío. Tuve durante más de una hora que explicarles el significado del vocablo y escribir el nombre en el tablero con letras de colores. ¿Qué más les podía decir? Saqué a Tomasito al frente, lo puse a preguntarle a cada uno de sus compañeros quién era. Unos dijeron el nombre, otros hablaron de ser hijos de tal o cual señora o que su papá era pescador o leñador, o que era un rebuscador, dijo alguno. Después orienté la pregunta y les dije que no se trataba de hablar del padre o de la madre sino de cada uno de ellos. “De ustedes”, les aclaré.

Todos me contaron un poco de ellos; de hacer las tareas, ser obedientes, ayudarle

a la mamá y uno de ellos incluso cantó para mostrar sus habilidades. El hijo del rebuscador me confesó que él también era rebuscador. “¿Eso qué es?”, le pregunté. “Nos rebuscamos la comida”, aclaró. “¿Quién es tu mejor amigo?”, le hice otra pregunta. “Emilio”, me contestó, mirándolo. “¿Y él qué es?” “Él no es rebuscador”, respondió. “¿Entonces qué es?” “Es un bobo”, fue su respuesta. “¿Por qué crees que es un bobo?” “Porque le da miedo rebuscarse la comida”. “¿Y por qué te da miedo —le pregunté a Emilio— ser rebuscador como tu amigo?”. Él contestó demostrando que no era tan bobo: “porque me gano un tiro”. Entonces miremos —les dije—: saber quiénes somos y saber que los demás son distintos, es ser conscientes de existir. Cuando el hombre dejó de ser un animal y se volvió un ser humano, una de las primeras cosas que supo fue que él era diferente a los animales y a las demás personas, se hizo consciente de sí mismo.

“Nuestro amigo el rebuscador —hablé duro— roba comida con su padre, se mete a los sembrados de los demás y arranca unos tomates, o coge unas mazorcas de maíz o se jala unas yucas. Con eso comen en su casa. Ellos no cultivan sino que sacan comida de los cultivos de los demás”. Como algunos empezaron a murmurar, a reírse, e incluso a silbarlo, yo les dije que el acto en sí no era malo, porque al hacerlo buscaba un fin bueno, que era satisfacer la necesidad de comer, pues si no, su familia aguantaría hambre, pero lo que era reprochable era aprovecharse del trabajo de otro y no hacer esfuerzos por ellos cultivar su propia comida. Es decir —les expliqué—, los hechos no son malos en sí mismos si las personas no son conscientes de que lo que hacen es malo. Todos callaron y me miraron.

Abundio —así se llamaba el rebuscador— me preguntó si por hacer algo malo él sería castigado. Yo le hice otra pregunta: ¿tú sabías que eso era malo? No —me respondió—, mi padre no me ha dicho que eso es malo, me dice que “el vivo vive del bobo”. Entonces le pregunté a los niños si

creían que robar, así fuera para comer, era un acto malo. Lo hice uno por uno, y todos me respondieron que sí. Abundio, a quien yo no le había preguntado, levantó la mano porque quería hablar y dijo: “yo ya sé que robar es malo”. Y yo le respondí: como ya eres consciente de que ese acto es malo, si lo vuelves a hacer, te haces responsable y podrás ser castigado.

Este relato nos puede indicar la tercera lección: *quien es consciente, ha hecho propio el uso de un conocimiento y ya puede actuar, con plena conciencia de lo que hace. Es decir, es responsable de sus actos.*

Cuarta lección

Así como yo soy responsable de haber cometido un error y el rector seguramente me va a castigar, cada uno de mis alumnos, ustedes, son responsables de hacer las tareas —les dije—, pero ustedes son libres de hacerlo o no. Eso quiere decir que si ustedes no traen mañana las multiplicaciones y divisiones que les he puesto en el día de hoy, podrán ser castigados con una mala nota y pueden tener que quedarse hasta más tarde haciendo las tareas en la escuela, o los padres, al ver que tienen una nota mala, los pueden castigar, por ejemplo, no dejándolos salir a jugar. Pero como ustedes ya saben qué les puede pasar, son libres de decidir si las hacen o no las hacen.

Hice un recorrido buscando respuestas del salón: “¿Qué opinan?”, y todos contestaron de variada forma. “Yo hago las tareas porque, si no, me gano unos juetazos”, eso dijo la mayoría; los otros explicaron que siempre hacían las tareas, o aclararon que ellos eran muy juiciosos, o que si no hacían las tareas no los dejaban salir. Alguno dijo que a él no le decían nada en la casa y uno contestó que le daba pereza hacer tareas. Yo pregunté si alguien lo hacía porque era responsable. Uno de los que dijo que él era juicioso levantó la mano. Entonces le pregunté si sabía qué era responsabilidad y me contestó que su responsabilidad era hacer las tareas, la del papá trabajar y la de la mamá hacer los oficios. Era un aprendizaje



Corregimiento de La Pedrera, Amazonas

Primera lección: *Creo que un buen maestro es el que se preocupa por sacar adelante sus alumnos más malos. Los buenos al fin de cuentas son buenos o más inteligentes, o tienen una mamá que los alimenta bien, así ella aguante hambre.*

juicioso —pensé—, seguramente tomado de uno de sus padres.

Miren este ejemplo de Tomasino. La responsabilidad es cuando uno sabe que tiene que conseguir un conocimiento o realizar una acción y lo hace libremente sin que nadie lo presione. Yo hago mi tarea porque ese conocimiento me sirve para la vida, pero nadie me tiene que castigar ni amenazar para que yo lo haga. Así que esta tarea que les voy a poner no tiene nota, nadie los va a castigar, los que quieran hacerla la hacen y los que no quieran hacerla no la hagan. Cada uno de ustedes es libre de ser responsable como Tomasino. Al otro día me causó una hermosa impresión que todos habían hecho la tarea.

Cuarta lección: *La responsabilidad es un principio que nos hace libres, porque determina el carácter de nuestra libertad.*

Quinta lección

Hemos sabido entonces que cada uno de nosotros es *consciente* de existir y de saber que es distinto a los demás, que existimos en una comunidad en donde nos relacionamos con la naturaleza y que de ella vivimos: de cultivar la tierra, de alimentarnos de los animales, de sacar oro de las quebradas o de prestar servicios a los demás. Para vivir en comunidad debemos entonces respetar a los otros y tener unas normas que no podemos infringir. También conocimos que nuestro papel no es solamente individual sino colectivo, porque tenemos la obligación de enseñarles a los demás y de apoyarlos, especialmente a los más débiles. Conocimos que la libertad nos hace autónomos para decidir, pero siempre está sujeta a la responsabilidad que adquirimos con nuestros actos.

Pero nos falta un elemento: la voluntad, que es simplemente querer hacer algo. Para ello tenemos que ser conscientes de lo que queremos, actuar libremente (o sea, sin presiones) y debemos hacerlo con responsabilidad. Tener una motivación en la vida. Esa voluntad es lo que constituye el Yo, o sea, cada uno de nosotros tiene un Yo, que es como una fuerza que uno tiene por dentro y que determina querer ser alguien y para ello debe actuar haciendo algo que puede ser bueno o ser malo. Hitler usó ese Yo para exterminar a los judíos. Hay personas que roban o matan a otros seres humanos para vivir o para disfrutar de las riquezas de los demás, hay estafadores que viven de los incautos, existen profesores que regalan notas a cambio de dinero o de favores personales o sexuales.

El Yo se forma a lo largo de la vida y puede ser lo suficientemente fuerte o ser débil. Puede ser incorruptible o no. Si es débil, se dejará dominar de los demás, hará las cosas porque se le obliga o se le presiona, pero si es fuerte actuará por su propia razón y eso le dará capacidad de liderazgo, de ejemplo, de perseverancia, de rectitud. Esa es la voluntad, que no sabemos en qué parte del cerebro se localiza, pero que para formarse requiere ser reflexivos, tener conocimientos, ser conscientes de lo que somos y saber cuál

es nuestro papel en la vida; ser libres y autónomos, tener un motivo que nos guíe, y actuar con responsabilidad.

Quinta lección: *Un maestro que enseñe a los alumnos a corromperse, o cuyo ejemplo es el de ser un corrupto, no puede recibir ese título de trabajar en “la profesión más bella del mundo”. Sus actos no afectarán el progreso de la humanidad, no tendrá alumnos que lo respeten, ni comunidad que los soporte.* ■

Jaime Restrepo Cuartas (Colombia)

Médico, académico, escritor. Ha sido rector de la Universidad de Antioquia, decano de la Facultad de Medicina y actualmente ejerce como rector de la Universidad de Santander - UDES. Entre sus publicaciones se encuentran *El cero absoluto* (novela, 1996), *Todas las estrellas posibles* (novela, 2002), *El ocaso de la memoria* (novela, 2004) y *La guerra en todas partes* (novela, 2008).

Referencias

- Aristóteles (1977). *Ética Nicomaquea*. Medellín: Editorial Bedout.
- Correia, Manuel (2006). “La actualidad de la lógica de Aristóteles”. *Revista Filosófica*, 62:139-150.
- Diccionario de Filosofía (1996). Bogotá: Panamericana.
- Fundación La Piedra Angular (2009). *El acto de la voluntad. Las cualidades de la voluntad*. Fuente: *The act of will*. New York: The Wiking Press, (1973). Traducción del Instituto Mexicano de Psicosíntesis.
- Gödel, Kurt (2006). *Sobre proposiciones formalmente indecidibles de los Principia Mathematica y sistemas afines*. Oviedo (España): KRK ediciones.
- Hegel, G.W.F. (2007). *Vida, pensamiento y obra*. Colección Grandes Pensadores. Madrid: Planeta.
- Kant, Immanuel (1875). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Traducción de Manuel García Morente. Madrid. Espasa-Calpe, (1994).
- Kohlberg, Lawrence (1984). *Moral Stages: A current formulation and a response to critics*. S. Karger Publisher.
- Leibniz, Gottfried Wilhelm (1596). *Teodicea*. Traducción de Eduardo Ovejero y Amaury (Madrid). Tomado de Ana Lucía López Villegas (2010). *Revista de Filosofía*. Universidad de Costa Rica, enero-agosto.
- Penrose, Roger (1996). *Las sombras de la mente: hacia una comprensión científica de la consciencia*. Madrid: Crítica.
- Piaget, Jean (1932). *The Moral Judgment of the Child*. Londres: Kegan Paul Trench Trubner.
- Savater, Fernando (2009). *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel.
- Teilhard de Chardin, Pierre (1966). *El fenómeno humano*. Madrid: Planeta.

Notas

¹ La Pedrera es un corregimiento del departamento del Amazonas en su extremo nororiental sobre el río Caquetá, de 4.985 habitantes en el área urbana, y cerca de los límites con el Brasil.